

Pronto, pronto aparecerá
el mayor acontecimiento de 1924

El Almanaque 1925

de

La Novela Semanal
Cinematográfica

con un sorprendente,
precioso y costoso

ALBUM

para las fotografías
del año 1924

LUJOSA PRESENTACIÓN

Almanaque y Álbum
que satisfará al más exigente

¡Prepárese a comprarlo!

¡ÉXITO RUIDOSO!

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 123

50 cts.



RESPECTAD
A LA MUJER

por

Florence Vidor
y Madge Bellamy

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Filmoteca
de Catalunya

A NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 123

RESPECTAD A LA MUJER

Sentimental película, de la que son intérpretes:
Florence Vidor, Madge Bellamy,
Theodore Roberts, etc.

Producción Harry

CONCESIONARIA:

PROCINE, S. A.

Consejo de Ciento, 332. — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
BÁRBARA BEDFORD



RESPETAD A LA MUJER

Argumento de la película de dicho título

¿Dónde vas, hombre? Detente. ¿No ves llorar a esa mujer? Es la tuya. La tomaste con amor. ¿Por qué la desprecias ahora? ¿Eres ciego? ¿No tienes corazón? Tu tiranía secular subsiste contra toda moral. ¡Eres un cobarde! La mujer no es tu esclava; es tu igual... más aún... ¡es tu madre!

No te burles de su debilidad. Míjala; respétala. Cuando veas a una mujer, sólo te pido que pienses en el bondadoso ser que calienta tu hogar.

—:—

En la aldea de Flinthill, en el Estado de Massachusetts, habitaba un fanático cuáquero, autoritario y déspota, llamado Oliverio Beresford.

Escrupuloso y rígido descendiente de los austeros puritanos, para él constituía un indiscutible dogma la supremacía del hombre sobre la mujer.

Blanca Beresford, su esposa, sólo veía por los ojos del tirano.



Blanca Beresford, su esposa, sólo veía por los ojos del tirano.

Este matrimonio tenía dos hijos: David y Clara.

El varón seguía los estudios de la iglesia evangélica, no por propia vocación, sino por imposición absoluta de su padre.

En cuanto a Clara, considerada por el se-

verísimo viejo como cosa secundaria, cumplía, sumisa y resignada, la obligación de cuidar de las faenas más rudas de la casa.

David estudiaba fuera del pueblo, y desde hacía unos meses no se le había visto en el seno de su familia.

En ocasión de unas fiestas, David escribió a su padre—a quien más que respeto le tenía temor—anunciándole que iría a pasar unos días en su compañía.

Doña Blanca se alegró mucho de la noticia, y lo propio sucedióle a Clara cuando su padre le dijo:

—Tu hermano me notifica que está por llegar. David posee un gran talento, y hará, de fijo, carrera. ¡Será un gran misionero!

—¡Ay, quién fuera varón!... ¡Dichoso él!—exclamó Clara comparando la odiosa predilección que su padre sentía por David y el rigor con que ella siempre fuera tratada.

—La mujer tiene también sagradas obligaciones. Debe cuidar de su hogar, velar por sus hijitos...—gruñó don Oliverio.

—Si los tiene...—dijo Clara.

—¡Su deber es tenerlos!

Clara encontró ventaja en callarse, y así el hombre, el cosaco brutal, sentía reconocido su poderío...

Juan Stuard, propietario de una de las más

importantes granjas de la comarca, rondaba a Clara, inútilmente.

Don Oliverio lo recibía en su casa con mil amores, que buen partido éralo aquél para su hija.

—Vengo a buscar a Clara para acompañarla al sermón—dijo Juan aquella noche.

—Gracias, pero esta noche no me es posible ir. Tengo mucho que hacer—respondió Clara que no podía soportar la presencia de Juan.

Enfurrúñóse don Oliverio ante la réplica de su hija, y sonó la voz de mando:

—¡Irás al sermón con Juan... porque te lo mando yo!

—Bien, padre...

Antes de salir, Juan decidióse a decirle a don Oliverio algo que le volteaba por el magín, referente a Clara:

—No le parece a usted, amigo mío, que un hombre como yo, que me parece no estoy mal, debería casarse?

—Es una cosa muy natural...

—¿Conoce usted alguna joven hacendosa que busque un buen partido?

Clara había temido este final, y rogaba con su alma al cielo que no fuera obligada a tomar por marido a un hombre que le era desagradable.

Doña Blanca, adivinando los sentimientos de su hija, contestó a Juan en su tono afable.

—Entre la colonia veraniega hay muchachas muy lindas y educadas...

—¡Bah! ¡No quiero damiselas inútiles! Yo busco una mujer que sepa trabajar, y que no se duela de sus carnes... ¡como Clara, por ejemplo!

Y en la imaginación del pueblerino reflejóse la figura de Clara en el rudo trabajo de lavar la ropa después de otros muchos quehaceres más.

Don Oliverio sonrió, pareciéndole excelente la elección de Juan.

Doña Blanca miró a Clara con esa tristeza de las madres que compadecen pero que no pueden defender a los hijos ante el temor del inflexible padre, y vióla desaparecer hacia su habitación, visiblemente contrariada.

—Paréceme que mis palabras sorprendieron a su hija, don Oliverio.

—No le haga usted mucho caso... Es su carácter... No le estaría mal casarse... pero me temo que no acepte, porque tiene repleta la cabeza de no sé qué descabelladas ideas de independencia.

Doña Blanca, imponiéndose a sí misma más que de ordinario, se permitió advertir a su esposo:

—Ten en cuenta, Oliverio, que la niña es demasiado joven todavía...

Como Clara volvía arreglada para asistir al sermón, cesó la plática, y marcháronse la joven y su acompañante.

El Hotel de las Termas, repleto a la sazón de elegantes agüistas, se hallaba en el camino que debían seguir Clara y Juan.

En el interior del balneario se bailaba, y Clara, que soñaba con algo menos aburrido que la aldea, contempló unos instantes, con envidia, a las amorosas parejas...

En el lugar, aislado en una linda casita escondida en el bosque, había un escritor, Guillermo Grey, de edad ya madura, que buscaba alimento espiritual en la dulce poesía de las montañas.

Clara le conocía, como todos se conocían en la aldea.

Guillermo la vió con Juan, y se acercó a saludarles y a decirle a Clara:

—¿Por qué no viene usted nunca al baile, señorita?

Juan, para evitar que Clara hablase, dijo a aquél:

—Porque el baile es lugar de perdición, y preferimos ir a la Casa de Dios.

Pero en los ojos de Clara, Guillermo leyó su desventura.

—¡Pobre muchacha!—murmuró—¡Pobre violeta de los campos!

..

A la mañana siguiente, los esposos Beresford acudieron a la estación a esperar a David.

Oculto de todos, Janina Robs, una desdichada huérfana, a quien un hombre repudiable había prohiado, haciéndole víctima inocente de su feroz carácter, y que había sido la novia de David antes de su partida de la aldea, esperaba con impaciencia al estudiante.

El inmenso tren rasgó con su pitar la paz de la aldea, y de él apeóse el viajero.

Don Oliverio, orgulloso de su vástago, le abrazaba con efusión y egoísmo.

Doña Blanca, en cambio, puso en sus gestos más cariño y menos vanidad.

Como David encontrara a faltar a Clara, su padre le explicó:

—Tu hermana ha tenido que quedarse en

casa para prepararnos el almuerzo. Vamos...
sube al carruaje...

Janina se había apartado ya de detrás del árbol desde donde viera llegar a David, y se puso en evidencia mirando en dirección a los Beresford.

El estudiante se fijó de súbito en ella, y recordó...

—Vamos—insistía don Oliverio.

Pero David no parecía escucharle.

Los viejos se dieron cuenta del motivo de la detención de David, y las miradas de don Oliverio, de su esposa a Janina y de ésta a David, eran muy elocuentes.

—¿Qué quiere ahora esa mocosa?—preguntábase enojado el padre—¡Eh, David!

Sin embargo, después de vacilar unos segundos, el estudiante fué a saludar a Janina.

—Al fin te vuelvo a tener cerca de mí, David. ¡Lo que he sufrido sin ti!

—Sí, Janina... me lo figuro... Tú siempre tan buena...

—Me puse el vestido nuevo para recibirte, sin que lo supiera mi padrastro. ¿No te gusto así?

—Sí, Janina...

—¿Pero no me besas...?

—Se prudente... Mis padres nos miran...

—He de verte, David... Necesito de tu cariño...

—Bueno, sí; pero ahora no podemos seguir aquí hablando. ¿No oyes a mi padre cómo se impacienta?... ¡Ya nos veremos luego!

—Pero, es que...

—Ya hablaremos. ¡Adiós!

David separóse de Janina sin esperar a que ella le dijera algo que tenía que revelar, y reunióse con sus padres en el coche.

En tanto que la huérfana quedaba, después de verle, más triste aún que antes.

Al poco rato el coche de los Beresford alcanzaba el hogar, donde Clara esperaba al hermano, poniendo la mesa.

Muy cariñoso fué el recibimiento que se dispensaron los dos hermanos, a pesar del antagonismo que podía muy bien existir entre los dos por culpa de don Oliverio, que negaba a Clara, con injusto criterio, uno solo siquiera de los amplios derechos que concedía a David.

La cena fué servida en el acto, y los Beresford, en su totalidad, le hicieron los honores que sus platos «extraordinarios» merecían.

Durante la misma, Clara, para romper la monotomía de la intimidad familiar en uso en el ambiente paterno, buscó la complicidad de su hermano.

—¡Háblame de la ciudad! ¿Qué telas son las

de moda? ¿Qué sombreros se llevan? ¿Qué peinados?

David sorprendióse, pues la hipocresía lo tenía en sus garras, por temor al rigor del puritano, y su padre objetó con grave expresión a la atrevida:

—¡Vaya una pregunta para un joven que se prepara para cumplir una misión sagrada!

Doña Blanca se esforzaba por dar a entender a Clara que evitase el suscitar cualquier incidente, mas la joven, atenta sólo a su limpia conciencia, inquirió con ingenuidad:

—¿Acaso su apostolado le impide que se fije en estos inocentes detalles de la vida mundana?

—¡Sí!... ¡Porque debe consagrar su vida toda entera al servicio de Dios!—terminó ceñudo don Oliverio, cegado por su fanatismo religioso.

En una pobre cabaña de los alrededores de la aldea habitaba Dick Robs, el padre adoptivo de Janina; hombre miserable y tosco y

amigo de la bebida, capaz de vender su alma ruin por un puñado de oro.

La desamparada huérfana regresó de la estación cuando su padrastro se disponía a cenar solo, y al verla con el vestido de las fiestas, cuyo solo valor consistía en su impecable limpieza, le preguntó torpemente:

—¿Dónde has estado? ¿Por qué no estabas aquí para servirme? ¡Andal! ¿Por que te empeñaste?

—Me llamaron unos vecinos... Ahora le serviré el café...

Pero Janina no pudo dar un paso más; su cabeza le daba vueltas; temía desmayarse...; hizo sobrehumanos esfuerzos por sostenerse en pie... mas todo fué inútil: su cuerpo se desplomó a los pies del padrastro.

Dick condujo a la desfallecida a su cama, y trató de devolverla a la razón.

Grave, gravísima, trascendental era la causa del vahido que le diera a Janina...

En su lecho empezó a divagar... y de las tinieblas del infortunio salió un suspiro de confesión...

Dick contempló detenidamente el rostro de Janina; aplicó su oído a las quedas palabras que balbucian sus labios, y tuvo conocimiento de la verdad.

¡Janina tenía inquietas sus maternales entrañas!

Dick se incorporó súbitamente al descubrir el secreto de su ahijada, y la sacudió para hacerle sentir todo el peso infame de su rigor.

—¡Ah, pervertida! ¿Conque, burlaste mi vigilancia, eh?

Janina, asustada, juntó sus manos en ademán de súplica al grotesco ser, y clamó:

—¡Por Dios, no me pegue! ¡No me pegue!

Y las manos de la mujer se posaban temblorosas sobre la incipiente redondez de su vientre...

Mas Dick, con cólera sin freno, exigíale:

—¡Janina... dime su nombre, porque, de lo contrario, te mató!

La desventurada quiso imponerse silencio, pues conocía los pocos escrúpulos de su padrastro, y no en vano sospechaba que por la única razón que le interesaba saber el nombre del que la condujera al paso que estaba atravesando, era por el hecho de sacar partido de la circunstancia...

Sin embargo, a pesar de la energía en callar de Janina, Dick le arrancó la respuesta que le pedía, pues en efecto sus manos rodeaban el cuello de la infeliz y hacían presión en él con inhumanos instintos.

Y, como un postrero hálito de agonizante, Janina pronunció un nombre:

—David...

—¡David!... ¿David Beresford?—gruñó Dick. ¿Ese?... ¡Ven conmigo! ¡Ven, te digo!

—¿Qué va usted a hacer?

—Ir a pedir juntos una reparación.

—¡No, padre! ¡Eso no! David y yo hemos de hablar luego.

—¡Nada! Sígueme... ¿Lo oyes, perra?

—¡No puedo!

—Arrástrandote he de llevarte, quieras o no quieras.

—¡Qué vergüenza!

—Antes debías tenerla.

Ya fuera de la cabaña, Janina se opuso, afeerrándose con todas sus fuerzas a un poste, a seguir a Dick, pero éste le dió unos azotes más y las carnes heridas de la infortunada hubieron de ceder a la obediencia.

Padrastro e hijastra llegaron a casa de los Beresford cuando éstos terminaban de cenar.

Dick empujó con violencia la puerta del comedor, irrumpiendo en él con Janina.

Los Beresford se pusieron en pie, sorprendidos.

David palideció.

¿Qué sucede?—preguntaban todos.

Don Oliverio pidió a Dick una explicación.

Y delante de todos el desalmado padraastro reveló la culpa de Janina y David.

—¡Eso es falso! ¡David es incapaz de semejante infamia!—contestó don Oliverio.

En tanto que David, reconociéndose autor del hecho, doblaba la cerviz sobre su pecho...



...Janina se opuso, aferrándose con todas sus fuerzas a un poste...

y que las dos mujeres restantes, doña Blanca y Clara, se sentían poseídas de un sentimiento de piedad hacia la que había pecado.

Como Dick insistiera en acusar a David, don Oliverio dijo a su hijo:

—¡Vamos, muchacho, defiéndete!

Pero David no pudo hacerlo.

Y entonces el puritano, *comprendiendo*, se acercó a Dick, lo asió por un brazo y encerróse con él en otra habitación.

Janina cayó de bruces sobre el canto de la mesa del comedor y desató su amargura en copioso llanto.

David le musitó unas palabras de arrepentimiento y, apoyada su frente en una pared, derramó lágrimas.

Doña Blanca y Clara, abrazadas efusivamente, penaban por un mismo motivo, y su bondad femenina les hizo aportar consuelo a Janina.



Los padres de los culpables celebraban una importante entrevista para la solución del asunto.

—¡Exijo que su hijo se case con Janina!—expuso Dick.

—¡Imposible!.. ¡Eso sería arruinar el porvenir brillante de David!

—¿Se ha preocupado él, acaso, del mañana de mi hija?.. ¡Que repare su falta! ¡Que se case!

—Haciendo de manera que lo ignoren todos, no habrá para Janina deshonor. ¡Todo se arreglará!

—¿Qué fórmula es la suya?

—He aquí un cheque de mil dólares. Con este dinero su hija podrá ausentarse de la aldea por una larga temporada... ¿Le conviene el pacto?

Dick no deseaba otra cosa más que oro, y con su consentimiento quedó concertado entre dos hombres la venta del honor de una mujer.

Después de su labor de *justicieros*, don Oliverio y Dick volvieron al comedor, donde todo era tristeza.

—¡Basta de sentimentalismos! Todo se arreglará. ¡Yo me encargo de ello!—dijo el tirano del hogar.

Janina y David esperaban con angustia el fallo de sus jueces y con esperanza de compasión doña Blanca y Clara.

Don Oliverio pronunció el veredicto:

—Vuélvase usted a casa de su padre que ya él le explicará cuáles son mis proyectos e intenciones—dijo a Janina.

—¡Y tú, canallita, no volverás a verla! Se

marchará del país... ¡Todo está arreglado!—dijo a David sin la menor sombra de reproche.

Janina no tuvo fuerzas para gritar y sus ojos no se apartaban de los de David.

El estudiante, retenido por los brazos paternos, no pudo obrar con arreglo a su con-



Dick no deseaba otra cosa más que oro, y con su consentimiento...

ciencia.

¡Su padre era el dueño absoluto de su persona!

¡Para su padre, era él todo su orgullo, toda su vida!

Dick empujaba a Janina para marcharse, y,

apenas desaparecidos, una mujer ofendida por la afrenta que se hacía a la infeliz, levantó su airada protesta en nombre de todas las mujeres de la tierra.

—¿Por qué ha de marcharse del país esa pobre muchacha?

—¡Porque una mujer como ella no debe vivir entre gentes honradas!— respondió don Oliverio.

—Pero, ¿y David?.. ¿Por ventura no es él el principal culpable?

—¡No! Tu hermano ha sido sólo un joven inexperto, a quien esa lagarta ha seducido para luego obligarle a casarse con ella!

—¡No diría usted lo mismo si la víctima fuese su propia hija!

—¡Silencio! ¡Eso no debías ni siquiera suponerlo!.. ¡Ni una palabra más!

David, sublevándose al poder paterno, se precipitó a la puerta de su casa, para reunirse con Janina, mas don Oliverio le interceptó el arranque de nobleza.

—¡Vamos, hombre, no te apures! Dentro de muy pocos días se te habrá olvidado todo, y me darás las gracias por la solución que le he dado a este enojoso asunto.

Simultáneamente, doña Blanca decía a Clara:

—No te aflijas, hija mía. Tu padre es hom-

bre recto y experimentado, y atempera sus actos a nuestra conveniencia.

Clara miró con tristeza a su madre, leyó en sus húmedos ojos que compartía su honda pena por la injusticia cometida con Janina, y considerando que la tierna viejecita era tam-



...mas don Oliverio le interceptó el arranque de nobleza.

bién una víctima del tirano, la quiso más que nunca en aquel emocionante momento, y la estrechó contra su pecho palpitante de libertad.

De nuevo en la cabaña, Dick, para no dar cuenta clara a Janina del negocio que él había hecho con don Oliverio, reanudó sus golpes,

con la idea de demostrarle que su mal paso era como una espina clavada en su cerebro.

—¡Toma, mala hija!... Quieren que te marches del pueblo, y tienen razón... Tú bien sabías que David no era para ti... Si caíste fué por tu culpa, previendo las consecuencias...



—¡Toma, mala hija!... quieren que te marches del pueblo...

—¡No me pegue más! ¡No puedo resistir más castigo! ¡Yo no he cometido ninguna falta!

—¿Que no has pecado? ¿Te atreves a suponer que podías fiarte de la palabra que te diera, inconscientemente, David?

—¡Sí!

—¿Cómo?

—¡David es mi marido!

—¿Eh?

—¡Yo soy su legítima esposa!

—¡Ah! ¿Por qué no lo dijiste en su presencia?

—¡Porque le había jurado no revelar el secreto de nuestro matrimonio mientras no concluyese su carrera!

—¿Qué prueba tienes?

—La hoja de casamiento... Este certificado. Dick se apoderó del documento, y lo leyó:
El abajo suscrito, W. A. Brown, Pastor de la aldea de Flinthill, certifico:

Que el 20 de Agosto de 1921 uní en legítimo matrimonio a David Beresford con Janina Robs, ambos naturales y vecinos de esta aldea.

—¿Entonces, es verdad...? Pero esto no es más que un papelucho. David te desprecia... y tú no puedes querer limosna de cariño de nadie...

—David es bueno, y con este documento podré asegurar el porvenir de mi hijo aunque a mí no se me quiera.

—¡Quita, mujer! Este papel, ¡al fuego!

—¡Oh, no! ¡No lo quemé! ¡Ay, madre mía, yo me quiero morir!

Suena una risa...
 Oyese un sollozo de mujer...
 En el rojo hogar se convulsiona y ennegrece un papel.
 Se rasga su volátil esqueleto...
 Y se rasgan también dos vidas...

Llegó la noche.

Janina, abandonada por todos, resolvió huir de la compañía de su miserable padrastro y del hombre que había sido cobarde en el momento en que debía ser más dueño de sí mismo para defender algo propio, de su misma vida.

Y se fugó aprovechando el sueño de Dick.

Clara estaba ensimismada en el jardín de su casa, y fué sorprendida en su recogimiento por Grey, el escritor amigo.

—Buenas noches, señorita Clara. Muy triste pareceme encontrarla.

—Buenas noches, señor Grey. Pensando estaba por qué el destino se ceba con especial encarnizamiento en la mujer.

—Sin duda alguna, en castigo de ser la madre del hombre.

—Sí... Todos los derechos, para ellos... Todas las penas, para nosotras. Pero, a mi modo de ver, la mujer debiera tener los mismos derechos que el hombre.



—...Pensando estaba por qué el destino se ceba con especial encarnizamiento en la mujer.

—Así opino yo también, señorita Clara; por eso he escrito mis ideas en un libro sobre este importante asunto.

—¿De veras, señor Grey? ¿Existe un solo hombre que nos iguale a él?

—Es una excepción el que no lo hace con-

vencido de lo justo que ello es. Todos los hombres, más tarde o más temprano, reconocen su error de despotismo con el sexo opuesto, pues en todos los pechos varoniles late o dormita el recuerdo del amor materno.

—Pero entretanto sigue siendo la mujer... nada más que mujer. Pero me gustaría leer su obra.

—Su deseo me honra, y tendré sumo placer en dedicarle un ejemplar de mi libro. ¿Quiere usted que vayamos por él a mi casita?

—¿Teme usted no acordarse luego?

—No tal. Es un buen pretexto para tomar un te en su compañía.

—No puedo rehusar...

..

Mientras Clara se dirigía a casa del escritor, con él, Janina alejóse de la ingrata aldea saltando al tren sin billete.

Por su parte, David sintióse acometido de un nuevo arranque de amor propio, y lanzóse fuera de su hogar hacia la cabaña donde vivía la que era realmente su esposa.

Sus deseos eran hacerse perdonar por Janina rebelándose contra el imperio de su padre.

Cuando llegó a la barraca, Dick se había ya dado cuenta de la fuga de su hijastra, pero poco le importaba tal suceso.

David le preguntó ávidamente por ella.

—Se ha escapado de mi casa; mas no sé dónde ha ido... ¡ni me interesa!

—¡Ah, perro!

—Suelta...

—¡Eres un salvaje, y no sé por qué no te mato!

Suponiendo que Janina intentaba escapar de la aldea, David precipitóse a la estación.

El tren había salido hacía ya mucho rato.

Presa de arrepentimiento, David preguntó acerca de ella al jefe del tráfico.

—¿Ha visto usted por aquí a la hijastra de Dick?

—¿Janina?.. A la hora presente debe andar ya muy lejos, porque subió—y por cierto que yo quería detenerla—al expreso de Nueva York, ¡sin billete!

Abatido por la desaparición de la desampa-

rada mujer, David emprendió lento y lleno de amargura, el retorno entre los suyos.

Juan, por su lado, persistía en conseguir el amor de Clara, y en su busca había ido aquella noche a su casa durante su ausencia.

—¿No está Clara?—preguntó a los Beres-



—¡Eres un salvaje, y no sé por qué no te mató!

ford.

—No. Ha ido a dar un paseo.

—Pues voy a ver si la encuentro. Hasta luego.

¿Dónde podía hallarse a aquella hora, Clara?—decíase Juan echando a caminar.

De pronto llamóle la atención la luz de una ventana de planta baja de la casita del escritor, y se acercó a atisbar el interior.

¿Cuál no sería su sorpresa al ver en amigable conversación a Grey y Clara?

Suspendiendo casi la respiración espíó atentamente a la pareja desde un ángulo del marco de la ventana, y vió a Grey leyendo, mientras Clara sorbía una taza de la colación china, que llevaba a sus labios con la mano izquierda, y sostenía un cigarrillo con los dedos índice y cordial de la mano derecha.

A poco vió como Grey le entregaba a Clara un libro, y la despedía.

Pero lo que no había visto Juan, era cómo el cigarrillo de Clara había llegado a sus dedos. El ignoraba que se le había caído al escritor cuando más entregado estaba a la lectura de algunos párrafos de su obra, y que Clara lo había recogido de la alfombra para entregárselo en cuanto terminase.

Como Grey no concluyó de leer hasta que el cigarrillo agonizaba, Clara lo dejó en el cenicero, y esto último sí que lo vió el asombrado Juan.

Breves instantes después, Clara se disponía a regresar a su casa, cuando se le presentó, en el camino, su desagradable pretendiente.

No tenía por qué inmutarse Clara a su presencia, como lo esperaba Juan.

—¿Qué hacía usted a estas horas en la casa de Grey?—preguntóle el tosco propietario.

—¿Por qué he de decirselo, si no es usted capaz de comprenderlo?—respondió Clara.

—No es preciso que me diga nada. ¡Lo he visto todo! ¿Y qué es ese libraco? ¡Tonterías! ¡Los derechos de la mujer! ¡Bonita cosa!

Despechado, Juan cogióle a Clara el libro y lo tiró con rabia lejos de él.

Pero su atrevimiento y libertad le valieron un soberbio bofetón de Clara.

—¡Me la pagarás!—prometió para sí mismo Juan doliéndose de un carrillo.

Al dar las diez en el reloj de los Beresford, don Oliverio y su esposa se disponían a ir a acostarse, y aparecióseles Clara.

—¡Son ya más de las diez! ¿De dónde vienes?

—Paseando me alejé un tanto de nuestro terreno...

—¡Las muchachas decentes no deben retirarse tan tarde!

Aquí, la puerta de la calle se abrió, de nuevo y se presentó Juan.

—Señor Beresford, le había pedido a usted la mano de su hija, pero ahora retiro la demanda.

—¿Qué es lo que ha pasado entre usted y

Clara, para mirarse como lo están haciendo, y para dictarle a usted semejante renuncia?

—He pensado mejor el asunto. . ¡Yo no puedo casarme con una mujer que, en la noche, visita a un hombre soltero!...

—¿Eh...?



Pero su atrevimiento y libertad le valieron un soberbio bofetón. .

—Lo dicho, don Oliverio. ¡Yo he visto a su hija en casa del escritor Grey, departiendo con él amablemente!...

—¿Es cierto lo que dice nuestro amigo Juan?

—dijo el puritano a Clara.

—Cierto, sí, y no puede negarlo, ni tampoco



—Vuelvase usted a casa de su padre que ya él le explicará cuáles son mis proyectos e intenciones.

que la sorprendí fumando, mano a mano, un cigarrillo con Grey.

—¡Oh!—protestó Clara.

Doña Blanca temía para su hija la cólera del intransigente esposo.

Y don Oliverio, necesitando no creer a Juan,



—¿Es cierto lo que dice nuestro amigo Juan?

gritó:

—¡Imposible!... ¡Eso es falso!... ¡Márchese de mi casa!

—Bien, don Oliverio; pero yo he dicho la verdad... para que usted sepa lo que debe hacer.

Tras de haber encendido en la encogida

mente del moralista las más ciegas dudas, Juan fuese a su casa.

Entonces empezó el nuevo drama de aquel día.

—¡Si es cierto lo que dice nuestro amigo, eres una pérdida!

—¡Oliverio!—exclamó doña Blanca.

—Pero, ¿por qué concede usted más crédito a la palabra de ese hombre, despechado contra mí, que a la mía, padre?—inquirió Clara con serenidad.

—Porque, como conozco tus funestas ideas de independencia y de emancipación, yo ya contaba con que esto ocurriría más tarde o más temprano.

Clara irguióse recriminadora:

—Y aun, dando por sentado que eso fuera cierto, ¿es acaso mi culpa mayor que la de mi hermano para no ser yo digna del perdón que él obtuvo?

—¡Basta!

—¿No podría usted comprar el silencio de Juan como compró usted el del padre de Janina?

—¡Cállate, desdichada!... ¡Márchate de mi casa!... ¡No quiero verte más!

—¡Pero, Oliverio!—suplicó la madre.

—¡He dicho que te vayas de mi casa!—repitió el furibundo padre.

David, roto su corazón por los remordimientos, tornó a su casa.

Su llegada interrumpió ligeramente la disputa.

David, con voz entrecortada, dijo:

—Janina ha partido... en el expreso de Nueva York... y yo...

—¡Tú, olvídala para siempre!... ¡Vaya bendita de Dios! ¡Ya tenemos suficientes disgustos en nuestra propia casa con tu hermana!—respondió don Oliverio.—Frecuenta la casa de un soltero por la noche...

—¿Tú, Clara?...—pasmóse David incrédulo.

—Y la arrojé de esta casa, de mi casa, y renuncié a ella, ¿lo oyes, hijo mío?

—Pero padre... pero Clara... ¿Y usted, madre...?

—¡A callarse! ¡Clara sale de casa porque así lo mando yo!

—¡Sí, me marché... me marché para siempre, con el alma transida de dolor al considerar la injusticia con que soy tratada!... No me espanta vivir por mí misma... Y no os guardaré nunca rencor, y siempre pediré a Dios que algún día no tengáis que arrepentiros del mal innenso que me habéis causado!

Las palabras de Clara no hicieron mella en el espíritu de su padre, y a pesar de todos los pesares, la inocente hija fué puesta en el arroyo.

*
**

Han transcurrido ocho meses.

La Nochebuena fué triste, llena de amargos recuerdos para la madre de Clara, en la aldea de Flinthill.

En tanto que en Nueva York, Clara desempeñaba, desde que se fuera de casa de sus padres, el modesto cargo de celadora en un asilo de huérfanos.

En cuanto a Janina, desde su triste llegada a la ciudad, había vivido sumida en la miseria. Pero supo conservar su inmaculada honradez, y, a fuerza de trabajo y privaciones iba sacando adelante al hijo de sus entrañas, de escasos meses.

David fué a pasar las fiestas de fin de año con sus padres, causando enorme alegría a don Oliverio,

No era tampoco feliz David, pues nunca olvidaría su mala acción, y viéndole afligido como ella, su madre lo consolaba.

De don Oliverio, basta decir que su conciencia enferma no tenía más que una sola preocupación: la carrera de su hijo.



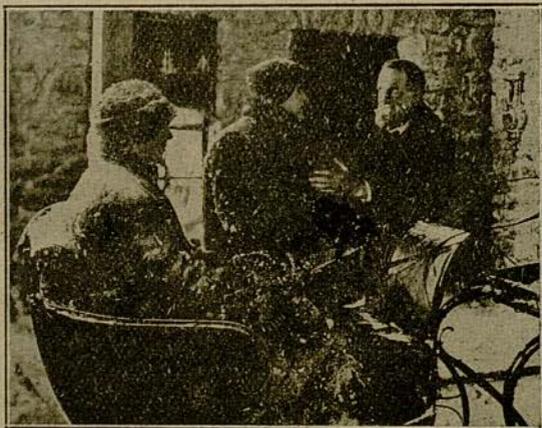
...Janina, desde su triste llegada a la ciudad, había vivido sumida en la miseria...

Clara había sido comisionada por la Directora del establecimiento de protección a los pobrecitos huérfanos, para comprar los jugue-

tes que habían de hacer las delicias de los pobres asilados.

Doña Laura Taylor, distinguida dama, era la principal bienhechora del asilo.

Su hijo Roberto, joven educado y complaciente, disfrutaba entreteniéndolo a los peque-



David fué a pasar las fiestas de fin de año con sus padres...

ños, y cada año, en la fausta ocasión de la Nochebuena, caracterizábase de *Padre Noël* para entregar personalmente los juguetes a los niños.

Clara vió en Roberto al hombre bueno, y

placiale reconocer que no todo era malo en la vida...

Después del reparto de juguetes, la Directora de Clara le rogó fuera a llevarle una cesta de provisiones de boca a una necesitada mujer, enferma, que vivía en una bohardilla de la



Clara cumplió el encargo...

misma calle del asilo.

Clara cumplió el encargo, y su entrada en la mísera vivienda fué como una estela de luz piadosa para la doliente.

Después de su benéfico encargo, Clara salió de la buharda, y en la escalera un llanto de mujer la detuvo.

Luego de orientarse empujó una puerta y penetró en otro pobre hogar.

Un niño retozaba en una cama, y a su lado lloraba una mujer.

—¿Qué tiene usted, señora?—preguntó Clara a la cuitada.

Y entonces tuvo lugar una escena inenarrable: ¡Janina y Clara se encontraron frente a frente, pues aquélla era la mujer que lloraba!

—¡Janina!... ¿Tú, Janina?—exclamó Clara.

El primer impulso de la infeliz, al ver a Clara, fué rechazarla, mas la mujer es buena, y Janina olvidó que Clara era la hermana de David. Y llorando le dijo señalándole el pequeño:

—¡Mírale! Se llama David... como su padre...

—¿Como su padre?

—¡Sí, porque tu hermano es mi esposo legítimol...

—¿Tu esposo, Janina? ¿No deliras en tu fiebre?

—No, Clara... Los terribles sufrimientos físicos y morales han ido destruyendo lentamente mi débil organismo... Estoy muy enferma... Has hecho bien en venir... A ti te lo revelaré todo... David y yo nos queríamos y nos casamos... Pero no pude hacer valer mis derechos, porque mi padrastro, cegado por la codicia—pues sé que se vendió al tuyo—quemó

el certificado de nuestro casamiento, que era la única prueba que yo poseía de nuestra unión.

—¡Oh, Janina! ¿Dices verdad?

—Clara... no puedo más... mis fuerzas me abandonan... ¡Siento que se aproxima la hora de mi muerte, y un moribundo no puede mentir!

—¡Oh, sí, te creo, Janina, te creo! Y voy a avisar a un doctor...

—No... No llames al médico... Es inútil... ¡Sé que mi mal no tiene cura!

—(¡Pobrecita Janina!...)

—No me pesa morir... La vida era para mí un espantoso calvario... ¡Vela por mi pobre hijo!... ¡No le abandones jamás!... ¡Dios te lo premiará si así lo haces!

¿No oís..?

En las alturas cantan los ángeles...

Nace el Señor...

¿Y ahora..?

Tic... tac... tic... tac...

El reloj de la vida marca una hora funesta...

Se percibe un apagado sollozo...

Una mujer, arrasados sus ojos de lágrimas, coge un niño que retoza en un lecho, lo une a su madre...

El infante, sin saber por qué y tal que si lo supiera, llora y llama guturalmente a su madre que ya no le puede oír.

¡Janina ha dejado de sufrir!

En su noble deseo de justicia y de reparación, Clara escribió a su padre, prescindiendo abnegadamente de su amor propio.

Su carta, en la parte más importante, decía:
...mi hermano y Janina estaban casados legalmente, y, si lo duda usted, pregúnteselo a él mismo, que no osará renegar de su paternidad.

En espera de su respuesta, me hago cargo de su hijo, y lo cuidaré como si fuese mío propio.

Clara.

*
**

El intransigente y desnaturalizado padre, dejó sin contestación la carta de su hija, la cual se consagró al cuidado de su sobrinito; y dos años después era una preciosidad de criatura, tanto en belleza como en educación.

Clara vivía más holgadamente que antes, pues habiendo descubierto las virtudes que la adornaban, la señora de Taylor habíale conñado el cargo de secretaria de la «*Obra de las Misiones extranjeras*», de que era presidenta.

David, hijo de Janina, adoraba en su tía como Clara adoraba en él.

—Tía, cuéntame una historia de esas tan bonitas que me refiere el señor Roberto—díjole a Clara, cierta mañana, su sobrinito.

—Te gusta que te recreen los oídos, ¿eh pillín?

—Yo quiero mucho al señor Roberto... y tú también, ¿verdad?

—Como le digas al señor Roberto que yo le quiero mucho, no vuelvo a contarte un cuento en los días de mi vida.

—Beno, no se lo diré.



...la cual se consagró al cuidado de su sobrinito...

Entretanto, la señora de Taylor daba una alegría a su hijo Roberto invitando a cenar a Clara el jueves de aquella semana; y en la aldea de Flinthill, terminados ya los estudios de David, don Oliverio recibía con íntima satisfacción una atenta invitación de la misma

señora, para una conferencia que debía celebrarse el mismo jueves en Nueva York.

Doña Blanca rogaba a su marido que no dejase marchar a David a las Misiones Extranjeras, para tener a su lado siquiera al hijo.

Don Oliverio no accedió a las súplicas ma-



David adorada en su tía como Clara adoraba en él.

ternas, disculpándose así:

—Tú comprenderás que ahora que he logrado que destinen a David a esas Misiones tan honrosas, no puedo retenerlo.

Y acariciando con la mirada al hijo *que era*

todo su orgullo, lo presentó encomiásticamente a su esposa:

—¡He aquí el recio paladín de la causa de Cristo entre los idólatras!

Pero doña Blanca sufría y David también.

El jueves inmediato, en Nueva York, en el domicilio social de la «*Obra de las Misiones extranjeras*», tuvo lugar la conferencia a que habían sido invitados don Oliverio y su hijo.

La señora de Taylor, interesándose por la carrera de David, misionero de su obra, convidóle a cenar con su padre, quedando en que ellos irían a su casa a las siete.

Un poco antes de esa hora, Clara y Roberto se hallaban juntos en dulce coloquio en casa del segundo.

A partir de la fiesta de Navidad en que se conocieran, la naciente simpatía entre Clara y Roberto había ido creciendo sin cesar, y a la sazón se amaban tiernamente, viendo esas relaciones, la señora Taylor, con suma complacencia.

Ya en la casa de la presidenta de la «*Obra*

de las Misiones extranjeras», don Oliverio y David, la caritativa dama les dijo:

—Voy a tener el gusto de presentarles a la secretaria de nuestra Obra, una excelente joven que lleva el mismo apellido que ustedes.

Y llamando a los dos jóvenes presentó a



...Clara y Roberto se hallaban juntos en dulce coloquio...

Clara.

La sorpresa de ella y los suyos fué inmensa.

Clara retrocedió presa de temor ante la dura mirada de don Oliverio.

David, en cambio, se mantenía en una situa-

ción de inconsciencia deplorable. Era hombre sin voluntad propia.

—¿Qué les sucede a todos ustedes?—inquirió la señora de Taylor.

Entonces, el padre enfermo, velando por la seguridad del porvenir de David, no se detuvo ni ante la calumnia para cerrar la boca de Clara.

—¡Esta mujer fué mi hija, pero hace tiempo que dejó de serlo! ¡Ni aun siquiera su nombre se pronuncia jamás en nuestro hogar! ¡Que ella misma declare, si se atreve, por qué razón fué arrojada de la casa paterna!

Clara contestó apenada:

—Abandoné la casa de mis padres, porque el autor de mis días dió más crédito al relato calumnioso de un hombre despechado que a la palabra honrada de su hija.

La señora de Taylor, confiando, como Roberto, en la intachable conducta de Clara, intervino:

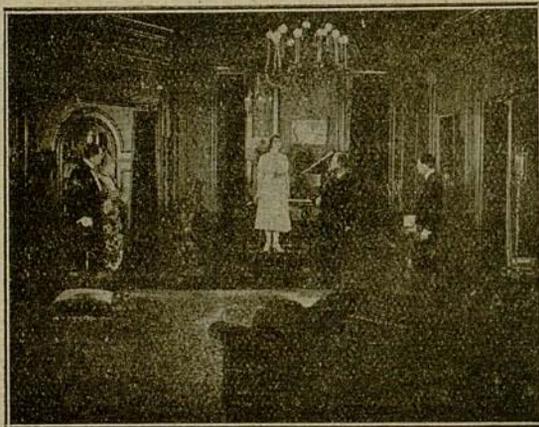
—Si tan pobre concepto tenía usted de su hija, señor Beresford, ¿cómo le ha confiado la educación del niño que vive con ella?

Don Oliverio palideció de súbito, y temiendo que se descubriera la ignorancia en que por su culpa estaba David de la existencia de un hijo suyo y de Janina, mandó al misionero, con enérgica orden, a que lo esperase en el

hotel mientras solucionaba el incidente con la presidenta de la Obra.

Y David obedeció cobardemente.

Fuera ya de la casa su hijo, don Oliverio descargó su furor sobre la cabeza inocente de Clara:



—Abandoné la casa de mis padres, porque el autor de mis días dió más crédito al relato columnioso...

—¿No tienes bastante aún con haber deshonrado nuestro hogar con tus torpes liviandades? ¿Quieres truncar también el porvenir de tu excelente hermano?

Clara se defendió:

—¡Por culpa de usted, harto lo sabe, ha

muerto la desdichada Janina en la más espantosa miserial... ¡Yo cerré sus pobres ojos, y recogí a su hijo desvalido!

—¡Miserable! ¿Tienes la avilantez de inventar esa nueva mentira para ocultar tu propia vergüenza?

La señora de Taylor se inclinó, sin poderlo remediar, ante la dureza que don Oliverio empleaba con Clara, del lado del padre acusador, y creyó que el pequeño David era hijo y no sobrino de la joven.

Clara leyó la verdad de la sospecha en el rostro de la distinguida dama.

Y aunque en el de Roberto sólo hubiese habido, un momento nada más, una ligera nube de duda, Clara se vió perdida.

Desalentada, necesitando estar sola, dijo:

—Yo no les pido a ustedes que me crean... ¡Lo único que les suplico es que me dejen marchar!

E inició la partida...

Pero Roberto, seguro de la pureza de su único amor, le salió al paso:

—¡No, Clara... no te marches, por favor! ¡Te juro que tengo en ti una absoluta y plena confianza!

Don Oliverio temía ser vencido.

Y la señora de Taylor, engañada por lamen-

tables apariencias, copiaba de la inflexibilidad del *enfermo* padre.

Y Clara contestó a Roberto:

—¡Es imposible escucharte! ¡Mi deber es velar por mi sobrino!

—¡Yo te amo, Clara!

—Si está de Dios, Roberto, más adelante volveremos a encontrarnos...

Y se fué...

Siguióla hasta la puerta, suplicando en vano, Roberto...

En tanto que don Oliverio, preocupadísimo por su hijo, le decía a la señora de Taylor:

—Señora, perdone usted este desagradable incidente... Supongo que no habrá desmerecido el elevado concepto que tenía usted de mi hijo.

—De ningún modo, señor Beresford.

En su casa, Clara abrazó al pequeño David, y tomaba, por él, con brillante energía, una determinación.

—¡Nada temas, querido! Nos vamos a marchar a Flinthill para defender tus sagrados intereses... No puedo consentir que te repudien y te deshereden y te marquen con el infamante estigma del deshonor—le prometió.

*
**

Algunos días después, Clara y su sobrinito emprendieron el viaje a Flinthill.

El día que llegaron a la aldea, estaba anunciado a la puerta de la Iglesia Evangélica, que David Beresford pronunciaría un sermón antes de partir para las misiones extranjeras, y don Oliverio estaba loco de gozo.

Resuelta a todo, Clara, conduciendo de la mano a su sobrinito, entró en el hogar de sus padres, y sólo encontró en él a su madre.

Doña Blanca hacía calceta.

Cuando la anciana volvió la cabeza para ver quién llegaba, tuvo un sobresalto.

—¿Tú, Clara, hija de mi alma? —dijo tendiéndole sus brazos y arrojándose en los suyos.

—¡Madre querida! ¡Cuánto tiempo he estado deseando abrazarte!

—¿Has visto a tu padre?

—Le vi en la ciudad... con David. Hemos de hablar, madre, muy seriamente.

—¿Ha visto usted, señora, qué guantes tan bonitos me ha comprado mi tía Clara?—preguntó el niño a su abuela.

Doña Blanca contempló al pequeñuelo, y reconociendo en el angelical rostro un rostro querido, consultó a Clara con los ojos.

—¡Es el hijo de David, madre! Janina me lo dejó al morir en la miseria—dijo la hija.

—¿Mi nieto?... ¡Oh, hijo mío!—exclamó la anciana cayendo a los pies del niño para cubrirlo de besos.

En esto apareció procedente de la calle el tirano.

La presencia de su hija y del niño lo llenó de furor.

—¡Fuera de mi casa!—gritó rojo de ira. ¡Fuera mil veces!

Clara no se movía. El paso que daba era firme, sucediera lo que sucediere.

—¿No me has oído, mala hija? ¡Fuera!

Doña Blanca sintióse fuerte ante la criatura, y se encaró con el ogro para replicarle:

—¡No! ¡Mi hija no se marcha... ni mi nieto tampoco!

—¡Yo, en mi casa, soy el amo, y cuando regrese a ella, no quiero encontrarlos aquí!

—¡Pues bien, si Clara se marcha, yo me iré también con ella!

—Podéis hacerlo... pero ¡ay de vosotras si rompéis el porvenir de David!

.....

Es la hora del sermón.

La iglesia evangélica ofrece un magnífico aspecto.

El Pastor de la misma se dispone a dirigir la palabra a los feligreses.

Reina un gran silencio.

Don Oliverio se halla sentado en el primer banco.

De improviso aparecen tres seres: doña Blanca, Clara y el niño, que se sientan, la abuela primero, al lado del tirano, que no puede, en el santo recinto, protestar.

También se encuentra en la iglesia Juan, casado con una obesa campesina, que le ha regalado, de primera intención, un par de gemelos, y que sabe dividir la carga del hogar...

El Pastor habla, refiriéndose a David, que está oculto de las miradas de todos:

—A la aldea de Flinthill hale cabido el ho-

nor de escuchar la autorizada palabra del Reverendo David Beresford antes de partir para los países infieles. ¡Que la bendición del cielo os acompañe siempre en vuestra peligrosa y meritoria misión, Reverendo señor David!

Un murmullo de admiración salió de todos



También se encuentra en la iglesia Juan...

los pechos al presentarse, para pronunciar su sermón, el misionero.

El pequeño David, complacido de que el conferenciante se llamara como él, se acercó a su ignorado padre, y le cogió una mano, con gran extrañeza de todos.

—Yo también me llamo David!—le dijo.

Doña Blanca y Clara oraban.

Don Oliverio esperaba, asombrado, el resultado de la escapatoria del nieto.

—¿De quién es este niño?—preguntó David. Su pregunta no obtuvo respuesta.

Intrigado, miró a los fieles y en el primer banco vió a su hermana y a sus padres.

Las dos mujeres se sonreían... y David no necesitó saber más.

¡Y al conjuro sublime y poderoso del amor paternal, David se sintió con fuerzas para contrarrestar el maléfico influjo del autor de sus días!

Y libertándose de prejuicios, sinceróse con todos, estrechando contra sí al pequeño:

—¡Este es mi hijo! ¡Su madre, Janina Robs, era mi esposa legítima!... Yo no soy digno de ir a predicar nuestra religión entre los infieles, porque un ciego no puede servir de guía a otros ciegos; por eso voy a dimitir el cargo que se me había confiado... Tengo graves daños que reparar y un sagrado deber que cumplir, y yo haré que mi hijo no tenga que avergonzarse del padre que le dió el ser. Y ahora... ¡perdonadme todos!

Fueron, aquellos, emotivos momentos en que de todos los ojos brotaron lágrimas...

Pero don Oliverio no cedió...



Sin embargo, en el hogar, donde David, regenerado por sí mismo, buscaba en el cariño de su hijo el perdón de la desventurada madre desaparecida, y donde doña Blanca y Clara se sentían renacer a una vida mejor, el tirano abatía su orgullo.

La nobleza de David, y la ternura del nieto, habían tocado su duro corazón, y el hierro se doblaba.

Don Oliverio estaba sentado, apartado de los demás, alrededor de una mesita.

El niño se acercó a él con sigilo y gritó al alcanzarle:

—¡Humml... ¡Soy el Diablo Cojuelo, que vengo a llevarte!

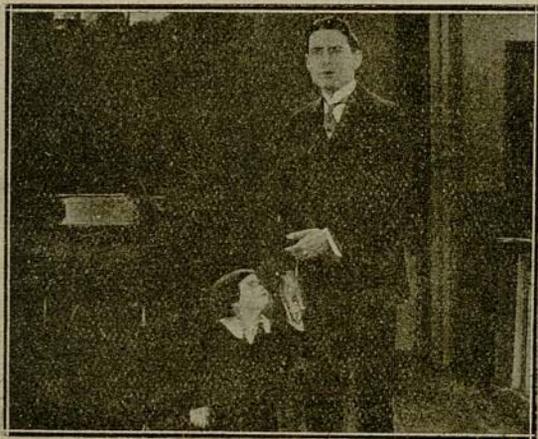
Ya no pudo más el viejo, y su cabeza cayó sobre la mesa para ocultar su llanto.

El niño le vio llorar y le dijo puerilmente:

—¿Te has asustado mucho, abuelito?

La luz de la razón iluminó el espíritu del abuelo, y su primer noble gesto fué abrazar con todas sus fuerzas al pequeño.

Luego, incorporóse, y fué a postrarse de hijos ante Clara.



...Y yo haré que mi hijo no tenga que avergonzarse del padre que le dió el ser...

—¡Perdóname, hija mía, el mal que te he causado!

—¡Padre!—sollozó Clara, librándolo de la humillación.

—¡David, tú eres inocente!—dijo también a su hijo, abrazándole.—¡El único culpable he

sido yol... ¡Que me perdonen todos... y en especial, Janina desde el cielo!

—Abuelito, ¿ya no lloras? ¿Se te ha pasado el susto?—preguntó el nieto.

—Si, hijo mío, ya no llora el abuelo—dijole éste levantándolo en sus brazos.



—¡Perdóname, hija mía, el mal que te he causado!

—¿Y nos querrás ahora mucho a la tía Clara y a mí?

—¡A todos, David, inocente pequeño, a todos, si os dejáis aún querer por este pobre viejol.

Y, así, entre risas del niño y lagrimitas de

felicidad de todos, se purificaba un alma enferma...

Y, desde lo Alto, Janina sonreía satisfecha, olvidándolo todo ante la dicha de su hijo...

Mientras que, en lontananza, en el horizonte vespertino, letras de fuego decían:

¡RESPECTAD A LA MUJER!

FIN

(Prohibida la reproducción.)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

La deliciosa comedia

La muñequita de Francia

inconmensurable creación de la
venusta estrella MAE MURRAY

SUGESTIVO ASUNTO

Postal fotografía: FORREST STANLEY

Precio: 25 céntimos.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

En toda España.

E. VERDAQUER MORERA.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Números publicados

1. No hay juegos con el amor, 6 edic. 2, El Valle Florido, 3 edic. 3, Amor de madre, 3 edic. 4, La Virgen de las Rosas, 3 edic. 5, La culpa ajena, 3 edic. 6, De hombre a hombre, 3 edic. 7, Una mujer, 3 edic. 8, Pesadillas y supersticiones, (extra). 3 edic. 9, Desinterés, 3 edic. 10, El Hábito, 3 edic. 11, Jimmy Sansom, 3 edic. 12, La primera novia, 3 edic. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada), 3 edic. 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada), 3 edic. 15, La Tormenta, 3 edic. 16, Flor de amor, 3 edic. 17, La Pantera Negra, 3 edic. 18, Bajo dos banderas, 3 edic. 19, Corazón de lobo, 3 edic. 20, Sueños juveniles, 3 edic. 21, El mundo y la mujer, 3 edic. 22, Corazones humanos, 3 edic. 23, El premio gordo, 3 edic. 24, La desconocida, 3 edic. 25, Robín de los bosques (extra). 3 edic. 26, La Verdad Desnuda, 3 edic. 27, El octavo no mentir, 3 edic. 28, Cleo la francesita, 3 edic. 29, La hija del pasado, 3 edic. 30, La chica del taxi, 3 edic. 31, La hija de los traperos, 3 edic. 32, El príncipe escultor, 3 edic. 33, Llovido del cielo, 3 edic. 34, Mujeres frívolas, 3 edic. 35, Al calor del hogar, 3 edic. 36, Sapho, 3 edic. 37, Directo de París, 3 edic. 38, Lo que vale una mujer, 3 edic. 39, El Valle de los Gigantes, 3 edic. 40, La sombra del padre, 3 edic. 41, Madame Morland (extra). 3 edic. 42, Un juego peligroso 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso, 3 edic. 45, El delincuente. 46, La hija del Arrabal. 47, El rancho del oro, 3 edic. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extra), 2 edic. 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea, 2 edic. 54, No me olvides, 2 edic. 55, En los jardines de Murcia (María del Carmen). 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet, 2 edic. 58, La Bohème (extra) 3 edic. 59, ¡Pobre Violeta! 60, Realidades de lavida, 61, ¡Estaba escrito! 62, Las dos huérfanas, 4 edic. 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura (extra) 3 edic. NÚMERO ALMANAQUE. 65, La pequeña parroquia. 66, Frou-Frou. 67, La

Famosa señora de Fair. 68, La apuesta sensacional. 69, El Secreto del Polichinela (extra). 70, La Quinta Avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Maruxa. 73, La hija del Nuevo Rico. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extra). 75, Relámpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York. 80, Borrascoso amanecer (extra). 81, Rosario la Cortijera. 82, La pelícala sin título. 83, Una mujer como otra cualquiera. 84, Todos los hermanos fueron valientes. 85, La batalla (extra). 86, Espejos del Alma. 87, Gloria fatal. 88, Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89, Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90, El muchacho de París. 91, Las sentencias del Destino, (extra). 92, Redención. 93, Alma de Dios. 94, La señorita del pelo corto. 95, Las hijas de los hombres ricos. 96, El novelista y su esposa (extra). 97, La puerta cerrada. 98, Una pobre maniquí. 99, A todo trance. 100, ¿Por qué tanta prisa? 101, La Casa de la Selva (extra). 102, La princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ANGEL GUIMERÁ). 103, En busca de la felicidad. 104, El buen camino. 105, Amor de árabe. 106, El puñao de rosas. 107, El Milagro (extra). 108, Risas y lágrimas. 109, El Nido de Amor. 110, La venganza de una hermosa. 111, Juez de sí mismo. 112, El caballero sin tacha (extra). 113, I Pagliacci. 114, La isla maldita. 115, Domador por amor. 116, Fruta prohibida. 117, Veredicto de inculpabilidad. (extra.) 118, Calvario de amor. 119, El arte de ser distinguida y encantadora. 120, La dama de las Camelias. 121, El Murciélagos. 122, El sargento O'Malley. 123, Respetad a la mujer, (extra).

Postal-fotografia:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Franck Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingson. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, "Snub" Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William F. Num. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meighan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Me. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lois Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo). Polo (Especial). 86, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas Mac-Lean. 93, Mlle. Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Morman Kerry. 97, Elinor Fair. 98, William Russell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Orborne. 102, Lewis Stone. ANGEL GUIMERA (especial). 103, Mildred Harrys. 104, Charles de Roche. 105, Enid Bennet. 106, Buddy Messinger. 107, Lois Wilson. 108, Elliot Dexter. 109, Geraldine Farrar. 110, Gareth Hughes. 111, Katherine Macdonald. 112, Earle Williams. 113, Ginette Maddie. 114, John Barrymore. 115, Louise Lorraine. 116, Febo Mari. 117, Mae Marsh. 118, Alec B. Francis. 119, Fritzi Ridgeway. 120, George Hackathorne. 121, Alma Bennett. 122, House Peters. 123, Bárbara Bedford.